



FOTO: JUAN SEBASTIÁN BELTRÁN

## Tibabuyes: tierra de labradores

**Colectivo Somos Uno<sup>1</sup>**

Quienes los conocieron entre los noventa y comienzos de este siglo, dicen que el Humedal Tibabuyes y la Reserva Tibaguya, a pesar de la mano invasora del hombre, mantiene la mística de territorio sagrado: resguardados por los nogales y los alisos, los tabacos y el cardo mariano, hogar de zarigüeyas, comadrecas, curíes. Todavía se puede ver cómo el buchón traza la forma de los cuerpos de agua que se precipitan sobre las camas de barbasco, eneas, botoncillos y los juncales, hogar de tinguas y patos turrios, garzas e ibis que, al primer

aviso, surcan el cielo con las monjitas, las golondrinas, los cucaracheros, el gavián y el guardián búho. Hay relatos de infancia de esta época, cuando los niños no le llamaban humedal, no distinguían las palabras del muyscubun chupkua y Tibabuyes, ni tenían rastro del tal Juan Amarillo por el que, sin consultarlo con nadie, bautizaron el territorio: entonces, los niños del barrio lo llamaban Nuevo Mundo. Solo habitar y apropiarse el territorio explica que los niños que crecieron jugando en la chupkua sean las mismas personas que asuman la labor de construir una nueva ciudad

---

1. Somos Uno es una organización que brinda educación comunitaria entretejiendo arte, ciencia y ancestralidad, con la naturaleza como maestra, para la regeneración de la humanidad y su conexión con la vida. Desde el año 2014 ha venido tejiendo comunidad en Bogotá en la localidad de Engativá, ecobarrios Ciudadela Colsubsidio y El Cortijo, en torno al cuidado y la protección de los humedales y ríos de su territorio, así como de procesos colectivos de agricultura, compostaje, reforestación de bosque nativo, arte, muralismo, movilización social y organización para la planeación comunitaria del territorio, llegando a incidir no sólo a nivel barrial sino en comunidades escolares, universitarias y empresariales de Bogotá y la región.



en los barrios de Ciudadela Colsubsidio y El Cortijo, en Bogotá.

Las primeras experiencias de movilización ciudadana se dieron en 2014 y adquirieron formas que van desde la creación de espacios de participación política, hasta apuestas educativas como Somos Uno, que ha buscado entretener el arte, la ciencia y la ancestralidad en función del cuidado territorial. Sobre 2015 se instaló la agricultura como práctica de importancia para articular y organizar a la comunidad en el sector, con la Huerta Tibaguya, huerta madre entre los procesos huerteros y paqueros de Ciudadela Colsubsidio y el Cortijo, que nació bajo el propósito de defender el territorio cuando la CAR Cundinamarca, en complicidad con la Secretaría Distrital del Ambiente, ejecutaron el proyecto de ampliación de la PTAR El Salitre - Fase II, que afectaría al río Bogotá a través del endurecimiento de sus zonas de manejo y protección ambiental y pretendía desaparecer la reserva Tibaguya, de no haber sido por las acciones ciudadanas. Luego de esta lucha, el movimiento en el barrio y en la localidad creció, pero las huertas configuraron una fuerza mayor que alineó voluntades por causas hermanadas con la defensa del territorio.

La llegada de Enrique Peñalosa a la Alcaldía de Bogotá, determinó la propagación de obras en cemento duro a lo largo de la ciudad, comprometiendo un gran número de zonas de reserva de humedal. Entre 2018 y 2019 se dio inicio a la construcción de obras de movilidad y recreación activa en las que se han inyectado, hasta el momento, cerca de 60.000 toneladas de concreto dentro del humedal, mientras que sus zonas de amortiguación, como lo es el parque Siete Canchas, ubicado en Ciudadela Colsubsidio, se transformó en una megaobra en cemento duro, por la que la comunidad creó un campamento de resistencia debido al impacto ecosistémico generado. En este segundo ciclo de movilización nacerían las huertas que conforman los recientemente reconocidos por Secretaría del Hábitat “Ecobarrios Ciudadela Colsubsidio y El Cortijo”. Las huertas La Resiliencia, Tierra del Sol, Quinzatá, Tochua, entre otras, ratifican la apropiación del territorio y la reivindicación ancestral del trabajo de la tierra, el cuidado de la semilla nativa y criolla, y la responsabilidad como habitantes de la misma ciudad donde algunos viven críticamente junto al relleno sanitario Doña Juana, al procesar sanamente los residuos orgánicos de más de cien familias.

Durante la pandemia, muchos de los procesos huerteros consolidados desde el año 2019 se vieron fortalecidos al ser una vía de escape a las medidas restrictivas. Dentro de su cosmovisión, la Resiliencia, una de las huertas que más creció durante este período, se entiende a sí misma como

medicina para el cuerpo y para el espíritu, alternativa de vida y bálsamo para los tiempos de crisis; no por menos, fue un refugio para que las familias de Ciudadela Colsubsidio y El Cortijo tuvieran facilidades a la hora de enfrentar la crisis sanitaria, emocional y económica. En igual medida, en términos de salud, aquellas personas cuya estabilidad emocional se vio comprometida por el encierro se han encontrado muy agradecidas con los procesos del barrio, porque allí encontraron una alternativa para tratar sus problemas personales; lo mismo las personas que en estos espacios han encontrado una diversidad medicinal en las plantas, lo que ha contribuido a tratamientos de todo tipo. Estos procesos han creado una relación con el autocuidado y el cuidado del territorio, a través de prácticas sostenibles de soberanía alimentaria que acercan a las familias al proceso de producción del alimento y facilitan visiones respetuosas de la tierra no como una fábrica desprovista de sus necesidades, ni de los habitantes como consumidores sin responsabilidades.

Además de haber dado pie a la defensa del territorio, las huertas urbanas forman parte integral de la Estructura Ecológica Principal (EEP) de Bogotá, al ser una zona de transición entre la ciudad y el humedal. Formular un modelo de ciudad sostenible con sus recursos ambientales implica pensar estrategias para recuperar la EEP y en una visión integral de Bogotá, pensar la manera de conectar el río Bogotá, sus afluentes, los humedales y los cerros; para este fin, las huertas tienen toda la vocación. El modelo de ciudad al que necesita transitar Bogotá no puede seguir respondiendo a los intereses de la clase dirigente: el modelo de ciudad debe ser democrático, comunitario y eficaz frente a las necesidades de la ciudadanía, pero, fundamentalmente, debe responder a la necesidad de reconciliar la naturaleza y el ecosistema con la humanidad desde el respeto por la biodiversidad, una forma que lleve a los habitantes del territorio a interiorizar el mensaje hondo de “somos naturaleza”.

Una de las circunstancias determinantes en un proceso así es la reformulación de la manera como se entiende el contexto. En un territorio principalmente constituido por conjuntos residenciales, la configuración espacial es distinta, las complejidades son otras y “lo común” apenas se enuncia. Las huertas urbanas en el Ecobarrio fueron el primer paso para construir la idea de “bien común”, al ubicarse en parques públicos. Se empezaron a pensar los bienes públicos desde otras perspectivas y, como lo menciona Silvia Federici, se dio lugar a la “riqueza común en forma de recursos naturales o sociales compartidos”. De este aspecto se destacan, además, las experiencias de economía solidaria en grupos de ahorro y ferias comunitarias para



hacer frente a la crisis económica y a las formas criminales de los préstamos bancarios y gota a gota.

Esta manera de encaminar los procesos comunitarios lleva a tener nuevas maneras de relacionamiento con el Estado, con los límites que esto significa. El carácter autónomo de los procesos huerteros, junto al diálogo con el Distrito, ha moldeado la complejidad del escenario y, por el lado de la Institución, el resultado ha sido el interés de enmarcar estas prácticas en el protocolo del Jardín Botánico, regido por el Decreto 552 de 2018, o en el Plan de Ordenamiento Territorial. Ante esta estrategia de generar cooperación con el “desarrollo” y con la “regulación”, varias comunidades huerteras han optado por prolongar el diálogo crítico y constructivo con la institución para facilitar la construcción de un protocolo que no sea invasivo y restrictivo con la diversidad de esta práctica.

En este sentido, la relación con la institución no en todos los procesos ha sido problemática, a pesar de lo ocurrido con la CAR Cundinamarca o el Acueducto. Los procesos como la consolidación del Ecobarrio, de hecho, dan testimonio del diálogo con las entidades, a pesar de la poca escucha frente a las comunidades y sus necesidades. Se reconoce el interés de algunas entidades por avanzar en nuevas propuestas de habitabilidad para Bogotá; se valora la infraestructura aportada en el marco del Ecobarrio que consta de tres espacios comunes para el arte y el encuentro, los tres tanques de riego y los murales que han permitido plantear la cosmovisión del territorio. Pero, como una reivindicación democrática, es importante mencionar algo que la institución pasa por alto: una mejora material no implica una mejora moral, ni una resolución a problemas estructurales. Respecto a esto, la comunidad sigue en proceso de organización para incidir en lugares de poder, para consolidar su capacidad de decisión sobre el territorio y el camino hacia la autogobernanza.

Con todo, la autogestión y la proyección territorial han dejado las experiencias más valiosas; una de ellas, la preservación de una buena parte de la Reserva Tibaguya, a punto de desaparecer con la ampliación de la PTAR Salitre Fase II; o la detención de una parte de las obras que se desarrollan desde 2019 dentro del Humedal Tibabuyes, a manos del Acueducto; o la siembra de más de 360 árboles nativos que se ubican en el Bosque de la Resistencia, un espacio que honra la vida de los y las compañeras víctimas mortales del Estado durante el estallido social que inició en 2019 y se extendió periódicamente hasta el 2020. Por lo pronto, el interés de consolidar una red más amplia de huerteros, defensores del territorio, guardianes de semillas, a nivel ciudad y a nivel región, se perfila como un propósito, así como el relacionamiento equilibrado con las entidades, sin



perder de vista la autogestión y autonomía territorial.

En el Ecobarrio Ciudadela Colsubsidio y El Cortijo, la experiencia de organización territorial ha mostrado una nueva faceta de los procesos comunitarios, con una visión global para la ciudad que transforma la manera de vivir en la ciudad, nuestros hábitos de consumo e incluso la manera como nos relacionamos con el otro. El desafío que se tiene por delante parece complejo, a veces demasiado grande, pero el interés y el destino manifiesto de expandir estas iniciativas comunales coherentes con la tierra, de autogestión territorial de la cotidianidad, de resignificación espacial, de transformación de nuestras relaciones con la naturaleza, de auto-gobernanza comunitaria, de lo común proyectado como una experiencia igualitaria por fuera del privilegio, y sobre todo de resistencia ancestral y espiritual, se materializa con el paso de los días, de tal manera que es imposible de detener: ya no se trata de una lucha política o ideológica, se trata de una necesidad histórica. ✨

### Bibliografía

- Caffentzis, George. Federici, Silvia (2015). Comunes contra y más allá del capitalismo. En: el Apantle, Revista de estudios comunitarios (Año I No. 1, oct 2015). Puebla. Pp. 53 - 71. URL: <https://kutzikotxokotxikitxutik.files.wordpress.com/2016/12/el-apantle-revista-de-estudios-comunitarios-11.pdf>
- Zibechi, Raúl (2006). Movimientos sociales: nuevos escenarios y desafíos inéditos. En: OSAL, Observatorio Social de América Latina (Año VII no. 21 sep-dic 2006). Buenos Aires. URL: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/osal/20110411090916/10Zibechi.pdf>

